



XXV.

Ante el Monumento.

**D**ÓNDE hallar, oh Jesús mío!  
un sitio más á propósito que  
éste para considerar la grande-  
za de tu amor? Aquí, detrás del  
Monumento, oculto á las miradas  
de los fieles y presente á tus divinos  
ojos, bien puedo pasar la noche ocu-  
pado en meditar, y en escribir los pensa-  
mientos que tu bondad me inspira.

Noche del Jueves Santo, qué memora-  
ble eres ¡y qué llena estás de dulcísimos re-  
cuerdos! En tí hizo el Verbo humanado los



mayores prodigios de su omnipotencia y de su amor. ¡Qué sacramentos tan grandes, y qué misterios tan profundos, se obraron en tí, noche dichosa! La Eucaristía y el Sacerdocio! qué sacramentos! y qué misterios!

Déjame, oh Jesús mío, pensar en ellos, hasta sentir á mi alma embriagada en tus amores; déjame saltar de júbilo, acordándome del amor sin límites que supone en tí haber instituído para mí esos dos grandes sacramentos. Qué amor! qué amor, Jesús dulcísimo!

\*  
\* \*

Yo te contemplo, oh Jesús amado, en esta noche de la cena rodeado de tus apóstoles y de multitud prodigiosa de ángeles, que asistían invisibles á la institución de tan alto sacramento; te veo tender la mirada por la prolongación de los tiempos, por la extensión del espacio; y tu entendimiento divino que lo abarca todo, así lo presente

como lo futuro, se detiene un instante en este rinconcito del mundo, viendo al través de los siglos este convento, esta Iglesia, este humilde Monumento y estos pobres religiosos que lo cercan, haciéndote la guardia de honor á tí, Rey de los siglos, oculto en el Sacramento del amor.

Aquí me vieron tus ojos divinos á mí, gusano de la tierra, mariposilla veleidosa que desea abrasarse en las llamas de tu amor dulcísimo, y, al verme, tu corazón sagrado saltó de placer, bien así como salta el de una madre cuando vislumbran sus ojos al hijo pequeñuelo que tuvo ausente unos días.

Me vieron tus ojos al través del espacio y de los tiempos; me amó tu corazón, y dijiste; Fiat! Lo haré! ¡Voy á esconderme en este pan y en este vino; voy á ocultarme bajo el blanco velo de una hostia; y así disfrazado, voy á emprender un viaje de mil novecientos años, sin parar de andar hasta encontrar á ese futuro ministro mío en aquel irinconcto de Andalucía, y allí ponerme en sus manos, comunicarme á su alma, con-



vertirme en su alimento, y hacerle sentir las divinas influencias de mi gracia.

Esto dijiste; y, ocultándote bajo las especies del pan, empezaste la vida sacramental, y con ella el camino en busca mía, al través de los siglos.

Qué asombro, cielo santo! Jesucristo me amó tan de verdad, que le pareció poco morir por mí y dárseme en comida, haciéndose manjar de mi alma; y no contento con eso, emprende una caminata de diez y nueve siglos, para visitarme, hacerse mi compañero de destierro, morar conmigo bajo un mismo techo y deleitar á mi alma con la dulzura inefable de sus divinos amores. Alma mía, no te aturde y asombra la grandeza de este amor?

Santo Cielo, qué espanto! Mil y novecientos años de viaje en busca mía...! Mil novecientos años de camino sólo por venir á mí, visitarme, regalarme, ponerse en mis manos, hacerse mío, y enriquecerme con sus tesoros celestiales!! Qué amor! qué delirio! qué locura de amor!

\*  
\*\*

No acabo de maravillarme, ni puedo salir de mi asombro, al considerarlo! Alma mía, qué pasmo! Llegar hasta tí, para hacerse tu manjar y tu regalo, le ha costado al amorosísimo Jesús diez y nueve siglos de camino!

Y qué caminos! Dios de mi alma! Qué caminos tan difíciles y trabajosos has pasado para llegar á mí! Qué lodazales habrás tenido que atravesar! Qué manos tan sacrílegas te habrán tocado! Qué corazones tan inmundos te habrán servido muchas veces de litera en ese largo viaje! Cuántas espinas te se habrán clavado, al cruzar los ásperos y estrechísimos senderos de la ingratitud! Cuántas heridas! Cuántos trabajos! cuántos ultrajes!

Dime, amor mío, ¿has padecido mucho por mí? ¿Te ha costado mucho llegar acá? ¿Has pasado muy malos ratos por esos caminos? ¿Te han hecho muchos ultrajes? ¿Has



sufrido muchos trabajos? ¿Has tenido que atravesar muchos pantanos? ¿Te han salido al encuentro muchos enemigos? ¿Se han burlado de tí y te han maltratado, viéndote despojado de tu majestad y disfrazado con tan humilde traje? ¿Te han herido? ¿Te han atormentado? ¿Te han encerrado en cárceles hediondas? ¿Te han escupido y pisoteado muchas veces los sacrílegos profanadores del Santísimo Sacramento? ¿Qué has pasado, Jesús amante, para llegar hasta mí? ¡Dímelo, Bien mío! y muera mi alma de espanto, si no muere de amor. ¿Has sufrido mucho, verdad?

Ay qué horror! Has tenido que pasar mares de ingratitudes, bosques de sacrilegios, desiertos de negro olvido, montes de desprecios, cenagales de culpas, y cloacas de asquerosísimos pecados, para llegar hasta mí.

Todo eso lo vieron tus ojos antes de emprender la marcha, y todo lo diste por bien empleado, con tal de poder darme un abrazo al cabo de muchos siglos, y alimentarme con tu propia substancia. Qué amor!

Dios mío, qué amor! Qué locura de amor supone esto en tí!

Diez y nueve siglos buscándome! Mil novecientos años caminando, por esos caminos tan horrorosos, para hacerte manjar de mi alma! Esto sí que es amar! Oh amor incomprendible! Oh amor infinito! Amor desconocido de los hombres! Amor asombro de los ángeles! Amor tan sobre todo encarecimiento, que parece una infinita locura!

\*  
\*\*

Pero dime, Jesús mío, ¿era preciso que te expusieras por mi amor á tantas y tantas ignominias por tantos siglos?

¿Era necesario llevar hasta ese extremo las pruebas de tu amor?

¿Eran menester acaso esas demostraciones para probarme la intensidad de tu cariño?

¿No hiciste bastante, criando la tierra



para que me sirviera de palacio y los astros para que me iluminaran con sus brillantes resplandores?

¿No era suficiente haber criado fuentes y ríos, prados y bosques, flores y plantas para que me sirvieran de regalo?

¿No era bastante haberme dado las aves del aire, los peces del mar y los animales del campo para que me alimentaran y me sirvieran?

Y si querías mostrarme tu amor con abatimientos y sacrificios, ¿no te humillaste demasiado en la Encarnación?

¿No padeciste con exceso en la cruz?

¿Era preciso añadir á esto las humillaciones y los sufrimientos de la Eucaristía?

¿Es posible que, sacramentado, hayas tolerado tantas injurias por esta vil criatura?

¡Oh bondad inefable! oh amor sin igual!

¿Con qué te pagaré?

¡Ay! alábenle por mí las criaturas todas, publicando las invenciones de tu amor, los abismos de tu sabiduría y los excesos de tu bondad. Oh sí!

Alabad al Señor, ángeles santos,  
Que á su trono asistís con reverencia,  
Benedicid su bondad, cantad su gloria  
En la presente edad y en las eternas.

.....  
Alabad su poder, su amor sin límites,  
Su virtud, su saber, y gloria excelsa:  
Benedicid á este augusto Sacramento,  
Y que bendito por los siglos sea.

\*  
\*\*

Y yo, Dios mío, ¿cómo pagaré tus favores? ¿Cómo agradeceré tus beneficios? ¿Cómo corresponderé á tus amores?

Si fuera un hombre el que como tú me amara; si fuera un mortal quien hubiera hecho conmigo lo que tú, viajando tantos años y con tantos trabajos por visitarme, ¿cómo lo recibiría yo? ¿Cómo lo hospedaría? ¿Cómo lo trataría?

Pues así, y mucho mejor quiero tratarte á tí, Jesús mío, que no sólo eres hombre, sino Dios y rey de todos los siglos.

Quiero quitar de mí todo lo que pueda



ofender á tus divinos ojos, y formar á tu alrededor una atmósfera de purísimos amores, y de exquisita fragancia, para que te sea grato el hospedaje de mi alma.

Quiero volar siempre en torno de tu sagrario, y posarme en el centro de la blanca hostia, como vuela la abeja alrededor de las flores y se posa en la de cáliz más perfumado.

Tú dijiste, Señor, que donde estuviera el cuerpo, allí se congregarían las águilas. Tu cuerpo sacratísimo está encerrado aquí en este Monumento, y yo deseo ser águila misteriosa de las que aquí se congregan, para formar mi nido sobre la cumbre del monte santo, en las quiebras y aberturas de las peñas.

Deseo de los collados eternos te llama la Escritura santa, y sobre esos collados que te desean quiero yo volar con los afectos de mi alma y con la elevación de mis pensamientos.

A las aves que vuelan sobre esos montes de perfección invita el Angel del Apocalipsis para que asistan á tus bodas celes-

tiales; y yo quiero ser una de esas aves misteriosas, que en rauda vuelo se remontan sobre todo lo terreno y se mantienen serenas en mitad del cielo, sin querer nada de la tierra, ni aspirar á otras cosas que á las celestiales y eternas.

Sí, Jesús mío! Quiero hacer de tu Sacramento de amor la única aspiración de mi vida, y de tu Sagrario la mansión de mis amores, porque sé que el Sagrario es un nuevo y deleitoso paraíso plantado por tu mano en medio de la Iglesia santa, para hacernos gustar aquí anticipadamente las delicias y los purísimos goces del cielo.

En este paraíso tengo el árbol verdadero de la vida, cuyo fruto hace inmortal y dichoso á quien lo come. Oh qué infeliz es el hombre que, por comer la fruta prohibida, se destierra á sí propio de este paraíso deleitable! qué pena me da ver á tantos infelices desterrados de él!



Ciertamente es doloroso ver á tantas almas hambrientas de frutos vedados que dan la muerte, y hastiadas de este manjar que da la vida. Qué lástima ver á los hombres sedientos de aguas cenagosas que los envenenan, y olvidados de esta fuente divina, cuyas aguas de gracia saltan á la vida eterna! Qué pena ver á las almas apartadas de Dios, y engolfadas en el mundo.

¿Qué tienes tú, mundo infame, que así engañas y seduces á los mortales? Qué son tus placeres comparados con las delicias inefables de este sacramento? Qué son tus riquezas en comparación de los tesoros celestiales que aquí se hallan? ¿Cómo no saben los hombres distinguir lo precioso de lo vil y lo verdadero de lo falso?

Qué dolor, Jesús mío, que los hombres no te conozcan ni te amen! pues si te conocieran y amaran, no tendrían más remedio que correr hacia tí, como los rios hacia el mar y como la piedra hacia su centro.

Pero el mundo, Señor, no te conoce, y si te conoce te desprecia y te relega al olvido, como á muerto encerrado en un se-

pulcro, cuya memoria se pierde para siempre. Quién pudiera suplir la ingratitud del mundo con la grandeza de su amor!

Bien quisiera, Amor mío sacramentado, tener voz de ángel para hacer resonar tus alabanzas por todo el universo. Ah! entonces diría al cielo y á la tierra que nunca eres más digno de amor, de reverencia y de adoración, que cuando estás, como aquí en el Monumento, anonadado, escondido y disfrazado bajo las especies sacramentales. Sí! repetiría cada momento en los oídos de todos los mortales aquel canto magnífico de la Iglesia:

*Ecce panis angelorum!  
factus cibus viatorum....*

\*  
\*\*

Oh noche del Jueves Santo, qué memorable eres! y qué llena estás de dulcísimos misterios! Qué sacramentos tan grandes! y qué prodigios tan estupendos obró en ti el



Verbo divino! Eucaristia y sacerdocio! Qué sacramentos! y qué misterios!

Aquí en la Eucaristia eres, oh Jesús! el Dios de mi corazón. De todas maneras eres mi Dios; pero sacramentado eres el Dios de mi corazón: *Deus cordis mei!* mi herencia y el patrimonio de mi amor.

Con amor perpetuo quiero pagarte lo mucho que me amas, y el amor sin término que en tí supone lo que has hecho y padecido por mí. Diez y nueve siglos de vida sacramental, para hacerte mi alimento...!! Mil novecientos años en busca mia por penosísimos caminos...! Qué fineza! qué amor!

Voy á pasar el resto de la noche, oh Jesús mío, abismado en este pensamiento:

Amándote finamente,  
lo mismo que tú me amas,  
que finezas con finezas,  
y amor con amor se paga.



XXVI.

Entre ruinas.

**A**quí; entre los derrumbados muros de esta Iglesia que fué maravilla del arte; entre los escombros gigantes del que fué gótico claustro; entre las ruinas de este antiguo convento, sólo sé gemir, como Jeremías sobre las ruinas de Jerusalén.

Profeta santo, dame tus acentos de dolor para llorar las desgracias de mi Patria: dame los torrentes de lágrimas que brotaron de tus ojos, y lloraré las desventuras de la pobre España.

España! España! La de reyes potentísi-